



# ATEISMO CIENTIFICO

A. Zugasti S. J.

*Unos se empeñan en descubrir a Dios en el laboratorio, escondido entre los tubos de ensayo. Y no lo encuentran: luego Dios no existe. Luego la Ciencia está contra Dios. Y como el hombre está con la Ciencia...*

*Sin embargo, el hombre conoce también a través de otros esquemas distintos de los empíricos a los que le acostumbra el método científico. Su horizonte de conocimientos se extiende más allá de lo sensible, a la esfera de lo trascendental y metaempírico. La Ciencia no está contra Dios.*

*¿Estará entonces, al menos, al margen de Dios? ¿O podremos también concluir que a través de la Ciencia llegamos a El?*

En la controversia entre creyentes y ateos, unos y otros han intentado inclinar la balanza a su favor tratando de colocar la Ciencia en sus platillos respectivos. Es evidente que se ha tratado,

y se trata, de expulsar a Dios del mundo empleando la Ciencia como arma fundamental y decisiva, y es igualmente cierto que se ha tratado de hacer una Apologética fundada en la Ciencia.

Pero, a pesar de los esfuerzos de unos y otros, la ciencia no se ha dejado encajar en ninguno de los dos platinos. Y no se ha dejado encajar por un motivo muy sencillo: por definición Dios está más allá del objeto de la Ciencia. Esta se ocupa de los hechos que pueden observarse o experimentarse de una manera sensible, y, naturalmente, Dios no puede observarse ni experimentarse sensiblemente.

Si comparamos el universo a un reloj herméticamente cerrado —y, la comparación es de Einstein—, la actitud del científico, sería la del individuo que se preocupa únicamente del exterior de ese reloj. Le interesa lo que pesa, el tamaño que tiene, el material de que está construida la caja, la precisión al marcar la hora, etc., etc. La afirmación del astronauta ruso Titov de que en el cielo no se había encontrado a Dios, si es algo más que un burdo recurso propagandístico, revela un desconocimiento total de esta diversidad de planos en que se mueven Dios y el objeto del conocimiento científico. Naturalmente que Dios o el alma no se han presentado nunca en el ocular del microscopio o del telescopio, pero es que si alguna vez se presentaran dejarían de ser Dios y el alma.

La conclusión que podemos sacar de esto es que, para el científico incrédulo, la única postura en cierto modo racional es el agnosticismo, el “no sé”, pues es imposible para cualquier científico afirmar que, detrás de ese fenómeno natural que él observa, no está Dios.

Pero la ciencia no se ocupa simplemente de la constatación de hechos experimentales; su fin último es buscar una explicación a esos hechos, una explicación que le permita predecirlos y gobernarlos a su antojo. De dar esta explicación se encargan las teorías, pero hay que tener en cuenta que una teoría es un intento de explicar la realidad desde fuera. El hombre no cono-

ce la íntima esencia de las cosas, por lo que su teoría no pasa de ser un intento para acercarse a esa realidad desconocida, y nunca puede estar plenamente seguro de que ese intento ha tenido un resultado feliz. Volviendo a nuestro ejemplo del reloj, el observador externo, estudiando todos los datos de sus observaciones, podrá aventurar la teoría de que se trata de un reloj de cuerda, de uno electrónico... Pero, mientras no levante la tapa del reloj, y durante esta vida el hombre no puede hacer eso, no podrá estar seguro de haber acertado.

Este papel tan modesto que atribuimos a las teorías científicas, ciertamente hubiera sido aceptado por muy pocos científicos del siglo pasado. Para ellos con la ciencia se podía alcanzar un conocimiento perfecto de la realidad. Pero este siglo las cosas han empezado a verse de una manera muy distinta. Eddington afirmaba: “Creo que no habrá una sola conclusión física que podamos considerar como segura y por encima de toda posibilidad de revisión. Hasta una ley tan fundamental como la de la conservación de la energía se trae ahora en tela de juicio a consecuencia de ciertos fenómenos observados en la producción de los rayos beta” (2).

¿Cómo se ha llegado a estas conclusiones? Gracias a un estudio más depurado del método científico. El científico británico P. E. Hodgson nos lo explica muy claramente “Se solía pensar que una teoría podía ser obtenida a partir de los hechos por un sistemático proceso lógico llamado inducción. Sobre esta materia varios escritores, como Mill, idearon los Principios de inducción, gracias a los cuales mantenían que esto podía hacerse.”

“Durante los últimos cincuenta años, sin embargo, se ha visto cada vez más

(2) Eddington, *New pathways in Science*, p. 305.

claro que no era ese el modo por el cual las teorías se obtenían en la práctica. Una teoría no es el resultado de un laborioso proceso lógico, sino un salto en la sombra. Una teoría no puede ser deducida de los hechos, es una creación de la mente humana... hay aquí una fundamental discontinuidad lógica entre los hechos en sí mismos y las teorías propuestas para cubrirlos" (3).

La conclusión que se deduce de esto es evidente; el mismo Hodgson nos lo expone un poco más adelante: "No tiene sentido desde el punto de vista de la ciencia preguntarnos si una cierta teoría es verdadera o no. Nosotros podemos solamente preguntar si está de acuerdo con los hechos conocidos en ese momento. El desacuerdo con los hechos reprueba una teoría, pero su conformidad con ellos no la prueba. Simplemente la hace razonable para usarla como una hipótesis de trabajo mientras no sea desautorizada" (4).

Siendo tan bajo el puesto que ocupa una teoría científica en la escala de los grados de certeza, sería absurda la pretensión de probar o rechazar la existencia de Dios fundados en una de esas teorías. Además, en una teoría *puramente científica*, no debe aparecer el recurso a una causa sobrenatural. Cuando el científico católico se encuentra con una incógnita, un comportamiento extraño de algún elemento de la naturaleza, no debe recurrir, por muy católico que sea, a explicarlo por una intervención de Dios. Su obligación como científico es buscarle a ese fenómeno una causa natural.

La apologética basada en estas limitaciones del conocimiento científico, o en una determinada teoría, ha traído fatales consecuencias. Al irse amplian-

do el alcance explicativo de la ciencia, o quedar rechazada esa determinada teoría, ha tenido que ir retrocediendo la supuesta intervención de Dios, y ese retroceso ha sido presentado por muchos como la bancarrota de la fe.

Visto esto no nos extrañará que la ciencia, por mucho que se la quiera explotar en un sentido o en otro, haya dejado la balanza en equilibrio.

Sin embargo, es cierto que esta abstención de la Ciencia fue perjudicial para el creyente. Es evidente que cuando se trata de demostrar la existencia de algo, la prueba tiene que correr a cargo del que postula la realidad de eso desconocido, no del que la niega. La Ciencia, por tanto no favorecía nada al cristiano, que no podía presentarla como prueba. Y a esto no estaba acostumbrado. Su ciencia, la única que conocía, la Filosofía (5) le ofrecía los argumentos sólidos que quitaban toda sombra a la idea de la existencia de Dios. Ahora la ciencia natural que nace se niega a sostener sobre sí una Apologética.

Lógicamente este hecho no debía haber vuelto más débiles los argumentos ya empleados, sin embargo, en la práctica no fue así. ¿Por qué? Los motivos son múltiples. Veamos algunos:

La Filosofía presentaba unos argumentos sólidos de la existencia de Dios, la ciencia no. Al ir quedando la Filosofía eclipsada por el brillo espectacular de la Ciencia, sus argumentos no perdieron fuerza lógica, pero sí psicológica.

---

(3) P. E. Hodgson, *The Catholic Church and Science*, Londres, 1957, p. 5.

(4) o. c., p. 6.

---

(5) Ciencia puede significar todo conjunto de conocimientos adquiridos mediante la razón, y en este sentido incluye también a la Filosofía. En un sentido más estricto abarca solamente a las llamadas Ciencias Naturales, nacidas de la observación y experimentación de los fenómenos naturales. Es a la Ciencia entendida en este último sentido a la que hasta ahora nos hemos referido.

El científico, por método, tiene que buscar la explicación de los fenómenos en el ámbito de lo natural. Es fácil que esta limitación metodológica acabe imponiéndose y presentándose a la mente como algo absoluto: más allá de las causas naturales no hay nada.

Una idea equivocada de la intervención de Dios en el mundo, resto de una concepción mítica de la religión. Se veía lo sobrenatural inmediatamente detrás de las tempestades, de los eclipses, de todos los fenómenos para los que el hombre no tenía una explicación. Al ir dando esas explicaciones la Ciencia fue haciendo desaparecer una idea de Dios falsa, pero que para muchos era la única (6). Esta victoria, presentada como un triunfo sobre el verdadero Dios, es la que ha conseguido darle externamente al ateísmo científico un aspecto un poco más atractivo.

El intervencionismo de las autoridades eclesiásticas, incapaces de distinguir muchas veces entre el legítimo avance científico y el contrabando ideológico que le acompañaba, motivó una reacción de rebeldía y una separación más acentuada de la Ciencia y la Fe.

La esperanza infantil de que la sola Ciencia traería una era de paz y felicidad para toda la humanidad prestó la base para que el hombre se considerara independiente de toda fuerza superior.

Otros motivos de orden histórico se podrían reseñar, pero creo que bastan los señalados para explicar la aparición y desarrollo de este ateísmo científico que hoy está extendido por el mundo.

Hemos visto hasta aquí cómo el papel desempeñado por la Ciencia en el caminar de los hombres hacia Dios ha sido de un gris bastante oscuro. ¿Tendremos que resignarnos a ello como a

(6) Cfr. R. Franco, *La nueva situación. Proyección*, 1965, 246-253.

algo inevitable? Evidentemente no. San Pablo escribe a los fieles de Roma: "desde la creación del mundo lo invisible de Dios, su eterno poder y su divinidad, son conocidos mediante las criaturas" (Rom. 1.20). Es decir, la creación es un reflejo de Dios. Cuanto mejor conozcamos la creación, y ciertamente la Ciencia nos abre horizontes maravillosos en el conocimiento de la naturaleza, tanto más fácilmente llegamos a Dios. No llegaremos, es verdad, con el método científico, escalera demasiado corta para alcanzar a Dios, pero sí llegaremos con unos razonamientos filosóficos apoyados en base científica, en el conocimiento del mundo que la Ciencia nos proporciona.

No se crea que me refiero a unas complicadas especulaciones filosóficas, sino a la sencilla filosofía de un sano sentido común. No trato de decir, ni muchísimo menos, que los científicos carezcan de sentido común, pero sí afirmo que las conclusiones que obtengan gracias a ese sentido común, cuando estén más allá de lo experimentable, en rigor, ya no podrán llamarse científicas, pues han saltado los límites del terreno en que la Ciencia se mueve. Lo cual no quiere decir que no sean perfectamente lógicas y racionales. Esta limitación del campo del conocimiento científico no sería aceptable para una mentalidad obsesionada por la Ciencia positiva, pero hoy se va imponiendo cada vez con más evidencia (7).

(7) Citemos como ejemplos, A. Eddington, *New pathways in Science*, «Tenemos que reconocer que esta clase de conocimiento que se propone la Ciencia es demasiado estrecho y especializado para constituir un conocimiento completo de lo que rodea al espíritu humano. Muchísimas manifestaciones de nuestra vida ordinaria y de nuestra actividad están fuera del campo de la Física».

Heisenberg termina su libro sobre «Problemas filosóficos de la Ciencia nuclear» con estas palabras: Respetar esas cosas que están más allá de la Ciencia, las cuales realmente importan y sobre las que es tan difícil hablar».



La gran ventaja de emplear una base científica es la mayor fuerza psicológica que da a los argumentos. El valor lógico de estos es el mismo que en tiempos de Sto. Tomás o Aristóteles, pero la energía con que imponen el asentimiento es mucho mayor. Pocos ejemplos bastarán para probarlo. Lo mismo necesita una causa suficiente un universo estático que un universo en evolución, pero la urgencia con que un universo en evolución pide un principio, se diluye en el caso de un universo estático. El hombre tal como lo veía Sto. Tomás, un ser compuesto de los cuatro elementos, tierra, agua, aire y fuego, en un orden determinado, pedía un ordenador. El hombre, tal como se le ve a través del microscopio electrónico, y no compuesto por los cuatro elementos, sino por esas inimaginables partículas subatómicas, está exigiendo el ordenador a gritos. Los escolásticos medievales, aún creyendo que todos los seres vivos procedían de Dios, no tenían inconveniente en admitir que algunos animales se formaban espontáneamente del lodo. Hoy, tratando del grado de probabilidad que tiene el origen casual de una molécula de materia viva, podemos leer estas palabras: "Simplificando el problema, y según el cálculo ejecutado por C. E. Guye, resulta que para que tal probabilidad llegase a realizarse, sería necesario disponer de un volumen de sustancia equivalente a una

esfera cuyo radio fuese tan enorme que la luz emplease 1083 años en recorrerle. En suma, habría que imaginarse un volumen superior a un sextillón de sextillones de sextillones de veces mayor que el de todo el universo" (8).

Parece claro que una apologética basada en estas realidades puede hacer que Dios aparezca ante todos los hombres de buena voluntad como algo plenamente real y presente. Entonces la Ciencia dejará de ser vista como un solapado enemigo y ocupará su verdadero papel, el que Milne le asigna al comienzo de su libro "La Cosmología Moderna y la Idea Cristiana de Dios". "El mensaje de Navidad, que es también el mensaje cristiano, es: Gloria a Dios en el cielo y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad. No es esta una mala definición del designio de toda verdadera ciencia: el designio de gozar de los espléndidos misterios del mundo y el universo en que vivimos, y el tratar de entender esos misterios de tal manera que nosotros podamos mejorar nuestro dominio sobre la naturaleza, mejorar nuestras condiciones de vida y así asegurar la paz y todas las consecuencias que fluyen de ella".

---

(8) P. Leonardi, La evolución biológica, p. 343s.

**Pregunté a la tierra y me dijo: "No soy yo"; y todas las cosas me confesaron lo mismo. Pregunté al mar y a los abismos y a los reptiles de alma viva, y me respondieron: "No somos tu Dios; búscale sobre nosotros"... Pregunté al cielo, al sol, a la luna y a las estrellas "Tampoco somos nosotros el Dios que buscas", me respondieron**

**Dije entonces a todas las cosas que están fuera de las puertas de mi carne: "Decidme algo de mi Dios, ya que vosotras no lo sois; decidme algo de El". Y exclamaron todas con grande voz: "El nos ha hecho".**

(S. Agustín: Confesiones X, 6, 9)